

pertinentes a una investigación de género; hay faltas ortográficas en los usos de minúscula y mayúscula, que llevan a pensar que es un problema de la traducción, más no de la autora. Considerando lo anterior, se hace sumamente necesario una segunda edición revisada y con los errores ortográficos corregidos, pues sobre todo en los tres primeros capítulos no se hace más que entorpecer la lectura, y conducir al lector hacia errores de interpretación. El título del libro es de por sí, extraño “la tierra para el que la trabaja”, pero se está analizando una dinámica en el género, y parte importante del libro gira en torno al menoscabo de la mujer campesina, teniendo como contexto histórico la “Reforma Agraria” y no como un objeto de estudio. Un título más pertinente podría resaltar los conceptos asociados al estudio dialéctico del género en el campesinado del Aconcagua, pero a la vez, dejando en claro la periodificación y el contexto político e histórico en el que se desarrolla. Si se lee “La tierra para el que la trabaja”, da a entender que el libro tiene como centro el estudio exclusivamente asociado a la división de las tierras en la Reforma Agraria, siendo el tema del género algo secundario.

Wolin, S. Sheldon, *Democracia S.A. La Democracia Dirigida y el fantasma del Totalitarismo Invertido*. Buenos Aires, Katz, 2008, 404 p.

Por Pedro de los Santos López
(Universidad de Cádiz)

Con *Democracia S.A.*, Sheldon S. Wolin nos entrega un libro en el que, por medio de un excelente razonamiento, nos presenta un nuevo modelo con el que interpretar los juegos políticos desplegados por la diplomacia estadounidense, con sus presidentes a la cabeza, erigidos como fieros defensores del bienestar mundial. Bajo esta fachada, cuya imagen se proyecta insistentemente a través de los medios de comunicación, se urden los acontecimientos con el objetivo de enraizar un sistema cuya cúspide es el capital, al que, mediante el control político y judicial, transforman en emblema de la libertad. Todo ello, fruto de la acumulación del conocimiento político, ligado al control social, por parte de las élites, unido a la progresiva y programada desmovilización política de la ciudadanía, da lugar a una democracia dirigida que para Wolin constituye un claro ejemplo de Totalitarismo invertido.

Según este profesor emérito de la Universidad de Princeton, para instaurar este tipo de régimen no se necesita de transformaciones bruscas y profundas, al contrario, se origina mediante un proceso evolutivo en el que, discretamente, se van ejecutando reformas que disminuyen las coberturas sociales de los ciudadanos, ahora convertidos en simples electores, a la vez que se favorece la endogámica intrusión de las élites corporativas, que camuflan la implantación de mecanismos diseñados para controlar las expresiones de la voluntad popular. En momentos puntuales, las elecciones, se convoca a los individuos y se les exhorta a que cumplan con su deber democrático, haciendo uso de slogans, frases directas y breves, que incitan al activismo político de la ciudadanía; sin embargo, una vez superados los comicios, el trámite ha sido cumplido, y las populistas maquinarias propagandísticas estadounidenses vuelven a atosigar las conciencias con aires de inseguridad y miedo, haciéndolas caer en una intrínseca apatía, de la que se aprovechan para diseñar mitos que legitimen tanto la situación actual como las siguientes cuchilladas que ha sufrido, y sufrirá, la soberanía popular.

En Estados Unidos uno de estos pilares es su mito fundacional, olvidado ya el carácter eminentemente republicano, no democrático, de sus padres fundadores. A ello se le ha sumado una nueva epopeya durante los años del gobierno de George W. Bush, George II para Wolin, quien, tras la tragedia del 11 de Septiembre, se irguió como paladín de la justicia, el elegido divino a la cabeza de la nación, que, tal y como anunció su presidente, era “la fuerza del bien más grande de la tierra”. El inicio de las guerras en Afganistán e Irak constituye un claro mecanismo del Totalitarismo Invertido; gracias a la influencia mediática, el partido republicano y sus redes de conexiones, difundieron un sentimiento de miedo frente a un enemigo difuso, invisible, y malvado, que amenazaba la civilización. La figura del terrorista se implantó en la vida diaria de los americanos, a los que podía atacar en cualquier momento y lugar, pues sus rebuscados planes buscaban camuflarse en el país y atacar a la sociedad, corrompiendo lo virtuoso de su tecnología.

Una vez grabada la fecha del 11 de Septiembre en la conciencia nacional, se procedió a engrandecer las facultades gubernamentales, otorgándoles poderes más intrusivos a costa de sus competencias de bienestar social, aquellas

que, para una verdadera democracia, serían eje fundamental de su actuación. Wolin argumenta que, la legitimidad de las interpretaciones judiciales, y su accesible maleabilidad, permitieron, primeramente, que la “democracia electoral”, fuera desplazada, en las elecciones del año 2000, “por élites republicanas con ayuda de los jueces obsequiosos nombrados para integrar una Corte Suprema conservadora, un código de silencio casi total por parte de los medios y un partido de oposición apático”. El siguiente paso era reafirmar la “nueva estructura de Superpoder” con la creación del Departamento de Seguridad Nacional, el organismo más intrusivo que ha conocido la democracia americana, o la sanción de la Ley Patriótica, que, aparte de reducir la competencia de los Tribunales, constituía una versión rebajada de la Declaración de Derechos, a la que, entre otras cosas, maltrataba, al conceder al presidente el poder para decidir el significado de los tratados de derechos humanos, o, en ciertos casos, negando el derecho de habeas corpus.

El New Deal fue, para Sheldon Wolin, el último gran plan que proporcionó asistencia social, a la vez que primaba, tras el desastre financiero, las prerrogativas gubernamentales, y, a pesar de ello, recibió críticas que lo llegaron a definir como “dictadura estadounidense”. Roosevelt y sus asesores buscaban, no obstante, evitar el desplome del sistema capitalista, promoviendo el empleo, el salario digno, la educación y la previsión y preparación de sus endémicos ciclos. Con la Guerra Fría, introducido el temor gracias a la riada atómica, se procedió a la eliminación de los ideales del plan, institucionalizando el rearme, y convirtiendo su industria en asunto permanente, y prioritario, del presupuesto nacional. En la identidad política de los ciudadanos se edificaron nuevas categorías, con cobertura legal, como “lealtad”, “seguridad interna” y “subversión”, censurando todo pensamiento de “equivalencia moral” con la URSS, a la vez que se moldeaba “un populismo que intercambiaba poder socioeconómico por conformismo leal, esperanza por miedo”.

Según el autor, si de una débil democracia como la de Weimar, surgió un régimen totalitario, que podríamos denominar clásico, en una democracia “fuerte”, como la estadounidense, surge un nuevo modelo, imperialista e invertido, que, por esta última característica, no necesita de grandes cambios, es evolutivo y “socava la democracia favoreciendo la desigualdad entre sus ciudadanos”. Este nuevo poder globalizador

se ha creado gracias al desarrollo de un gerenciamiento político, que ha protegido su exclusividad privilegiando y otorgando funciones públicas a las instituciones privadas, que monopolizan la educación de los futuros gobernantes, a los que instan a vincularse y crear redes entre ellos. Igualmente, mediante organizaciones como la Sociedad Federalista y los programas de educación jurídica, sustentados por financiación particular, se ha procedido a la designación, incentivación e instrucción de futuros juristas.

Mediante la explotación de un electorado dividido, demócratas y republicanos se turnan en el poder, gracias a fastuosas campañas sufragadas, públicamente, por los diferentes lobbies, que delinean estrategias, encuestas de opinión y publicidad en los medios. Para el Totalitarismo Invertido, el líder no es la base del sistema sino su producto. “Su genialidad estriba en ejercer el poder total sin parecer hacerlo”. Todo ello se ve imbuido bajo la ideología nacionalista, patriótica y “originalista”, que ensalza un mito de unidad nacional, director del fervor estadounidense por el cambio y progreso, de cimentadas creencias en dos “principios fundamentales”, los textos de la constitución y la Biblia, que se erigen como realidades perennes e universales, subyugando el cuestionamiento de las relaciones de poder, y maquinando la polarización con asuntos artificiales como “las guerras culturales, los vales escolares [o] el aborto”.

Entretanto se buscan nuevas bases militares en el extranjero, socios comerciales, mercados y consumidores, con lo que, la original dependencia del poder corporativo frente al estado, es distorsionada con un suave, pero progresivo, giro, que se vuelve contundente cuando, frente a la reducción burocrática, acordada por los partidos, se suceden concesiones de contratos, subsidios y medidas de protección, mientras se promueven los intereses empresariales, tanto en el mercado interno como el externo, caso, este último, en el que no se duda en conseguir su irrupción, ya sea mediante diplomacia o agresión. La no oposición gubernamental permite al capital, que ha asumido el papel que Adam Smith otorgaba a la Mano Oculta del mercado, trazar las estrategias por las que va a discurrir el entorno político, promoviendo así sus propios intereses.

La enorme claridad y capacidad expositiva desplegada por Sheldon Wolin en esta magnífica

obra, otorga una alta relevancia a la consideración de este nuevo modelo explicativo, el que, tras la victoria electoral de Barack Obama, y el posterior transcurrir de acontecimientos, se ve, por el momento, reforzado. En primer lugar, las elecciones de noviembre del 2008, fueron un clarísimo patrón del gran espíritu que pueden generar las costosas campañas electorales en las masas, para, una vez más, desmovilizarlas y retornarlas a su distracción y abstención política. Las acciones del nuevo presidente, a pesar de su inicial mensaje de esperanza, se han reducido a superficiales modificaciones, y, cuando ha tratado de profundizarlas, como en el caso de la reforma sanitaria, se ha debido enfrentar obstáculos lanzados desde diferentes frentes, think tanks, corporaciones o la oposición republicana, que movilizó de nuevo a su maquinaria propagandística, ganando las elecciones a la Cámara de Representantes en 2010, con un notable éxito del movimiento Tea Party, y, he aquí, una vez más, la venerada leyenda fundacional americana.

En el ámbito exterior, en Irak y Afganistán continúa el terrorismo que no lograron encontrar, y que los Estados Unidos provocaron con sus “Guerras de Anticipación”; China, además, amenaza vertiginosamente su primacía

económica y militar, y las recientes sublevaciones populares en Oriente van suponer una seria coyuntura a superar para la diplomacia americana. Si Estados Unidos, tal y como proclama, fuera una “verdadera democracia”, alentaría y respaldaría las reivindicaciones. Libertad, igualdad, y justicia, son algunas de las proclamas de aquellos que desean dejar de ser tratados como siervos, y convertirse en ciudadanos. Estos valores, intrínsecamente arraigados en la cultura americana, limitan la capacidad de maniobra de Obama, que, y gracias a internet, se ve incapaz de controlar la información proveniente de estos países, abocado a condenar las actuaciones de ciertos regímenes aliados como el egipcio. El presidente estadounidense debe saber manejar la opinión pública si desea encontrar una salida positiva a esta situación, pues, sin desoír al pueblo, debe proteger los intereses empresariales frente a los nuevos gobiernos nacientes, o, frente aquellos que se mantengan por medio de la represión armada, y que, actualmente, se hallan molestos por las críticas a sus semejantes.

La resolución de esta crisis actual determinará el desarrollo del Totalitarismo Invertido, pero, de momento, algo sabemos. El mecanismo de control se ha vuelto a poner en funcionamiento. El islamismo radical ha llegado.